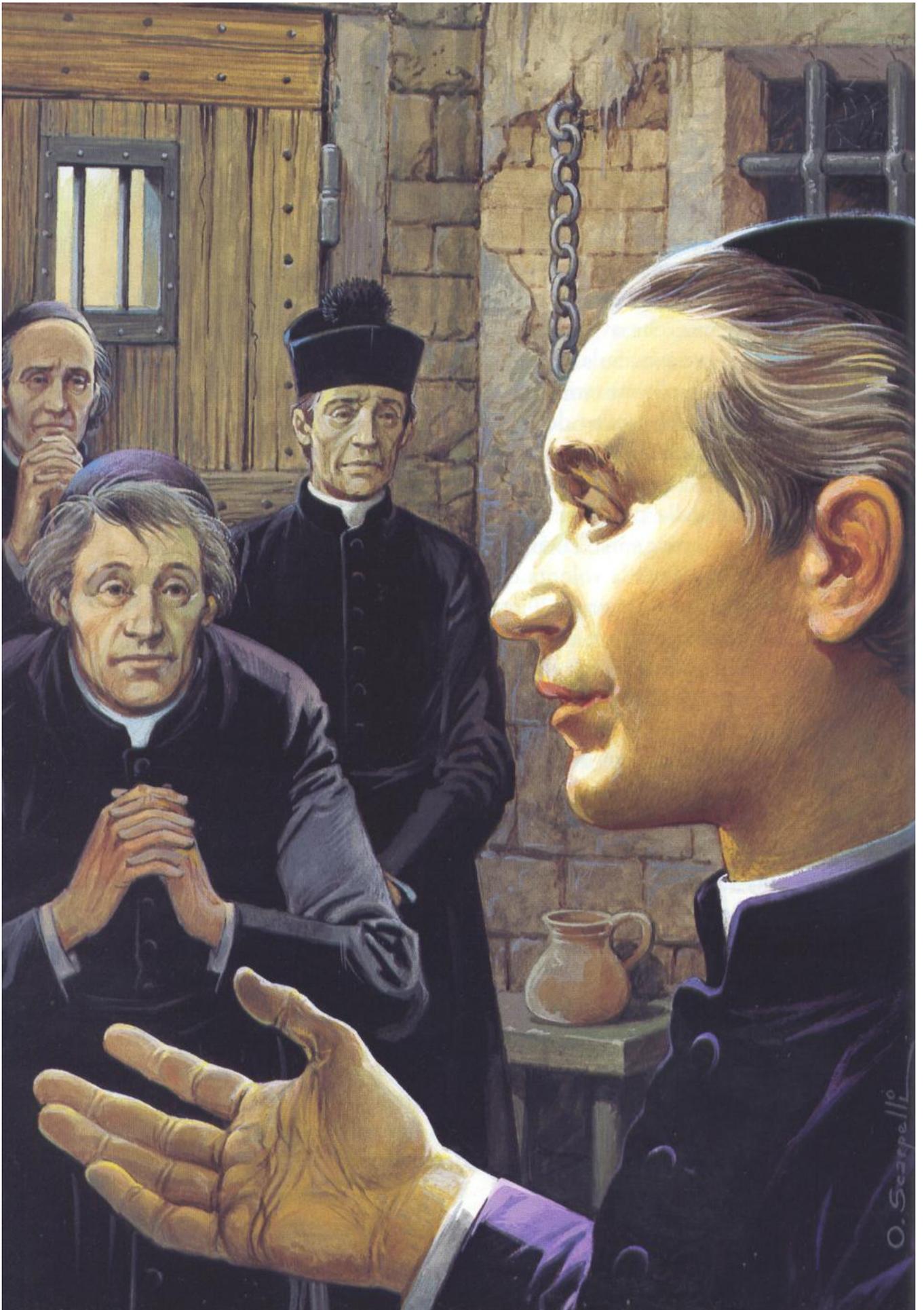


14. Como los primeros cristianos

Gaspar se encontraba desde unos meses en la prisión de Bolonia, cuando se enteró de la fatal noticia de la muerte de su querida madre. Madre e hijo, en raras correspondencias, que se intercambiaron, siempre se habían amorosamente ocultado unos a otros el triste estado de salud y las penas del corazón. Sin embargo, por esos caminos misteriosos, que los que se aman saben encontrar, Annunziata se enteró de la grave enfermedad del hijo y Gaspar de las precarias condiciones de la madre. Noticias graves por ambos lados, aunque suavizadas y redimensionadas por la comunión con la pasión de Cristo. Annunziata, desde la partida de su hijo, nunca más se había recuperado e "iba bebiendo la muerte a sorbos". Durante la agonía, casi con una sonrisa, murmuró: *"Que se haga la voluntad de Dios; volveré a ver a mi hijo en el Cielo"*. Y se durmió en el Señor el 20 de octubre de 1811.

El Albertini se dio la delicada y dolorosa tarea de comunicar a Gaspar la noticia. ¡Él se quedó petrificado! Al principio trató casi de no creerlo y logró contener las lágrimas, y luego se impuso la ley del corazón y se echó a llorar ininterrumpidamente. Estas son las palabras con las que confió la propia condición interior a Sor María Tamini, amiga de infancia: *"Entre otras tribulaciones, con la que se complació el Señor visitarme, se ha agregado, entre todas la más pesada, es decir la pérdida, de mi santa e incomparable madre. La conformidad a la voluntad divina no excluye en mi humanidad, el gran peso que por tal falta. No me detendré sobre este asunto por ahora, ya que muy viva está la herida... ¡Estoy aturdido! ¡El dolor por mi madre es inexpresable!"*

Con el corazón roto y las extremidades entumecidas por el frío, Gaspar, con ocho sacerdotes, es trasladado de la prisión a Bolonia para Imola. La amorosa concurrencia de los bolonienses e imoleses en proporcionar ayuda y comodidad irritó al gobierno, que ordenó el traslado de ellos al Fuerte, donde el endurecimiento de la pena era de un tipo diferente. Más humanos la alimentación y alojamiento, pero rigurosa prohibición de cualquier tipo de contacto, incluyendo la correspondencia externa, y estricta prohibición de la celebración de la Misa.



Fue la culminación de la persecución, la catacumba. Lo máximo de los padecimientos para un sacerdote celante y ferviente.

La fama de los presos, y de Gaspar en particular, les había precedido. Los imoleses sabían todo sobre el orgullo del joven sacerdote romano, de su santidad y doctrina y su abnegación en favor de los compañeros de desventura. Es por eso que, el día del traslado, el pueblo estaba allí para acompañar el carruaje que los llevaba a la Fortaleza aplaudiéndoles.

Los imoleses entonces, habiendo oído hablar de la prohibición de celebrar Misa, al principio trataron de enviar alguna forma misteriosa la Eucaristía, al igual que en la época de los primeros cristianos - ¿Recuerden San Tarsicio? - con la complicidad del guardia, conseguía lo que necesitaba para celebrar Misa. Así que la noche la fortaleza brillaba de luz en los ojos de los ciudadanos, como un farol. ¡Allí, ocho sacerdotes, levantaban al cielo para sí y para ellos la Hostia consagrada y el Cáliz de la Sangre Cristo!

Mientras tanto, Napoleón había logrado arrebatarse a Pío VII, prisionero en Fontainebleau, un concordato, obviamente todo a su favor, y de inmediato lo utilizó para convencer a los sacerdotes presos que el juramento era deseado por el Papa. Dos compañeros de Gaspar, a pesar de que tratara de evitárselo, cayeron en la trampa, mientras que los otros, más nunca siguen firmes en la negación, por eso que fueron sometidos a un tratamiento aún más duro e injusto. Confiados a la supervisión de un terrible guardia apodado “El Lobo”, tuvieron que constatar que el apodo del carcelero era bien merecido.

¡Un agresor de verdad! Dispuso a los quince prisioneros en tres celdas estrechas. Los reclusos cedieron una de las habitaciones a un compañero listo para morir de tisis y se apretaron aún más en las dos restantes. “El Lobo” redujo a la mitad la ya repugnante comida, se apoderó de los libros y la correspondencia, les robaron sus escasos objetos. Por último prohibió la celebración de la Misa y recepción de la comunión.

Una mañana, sin embargo, llegó una buena noticia: el comisario francés había dejado Lugo; las cosas para Napoleón estaban tomando una mala pasada. La liberación era inminente. Sin embargo, algunos déspotas se vuelven más crueles cuando tienen el agua hasta el cuello. El grupo de “héroes” fue llevado a Bolonia con la intención de hacerlos ir a Córcega. La noticia de que Napoleón fue capturado lo

alcanzó a Livorno, mientras espera para el embarque para Bastia. Ya podría tomar, en lugar del mar, el camino de regreso a Roma.